

Brotando del Sagrado Corazón de Jesús, como una flor de su tallo, este apostolado suplicante ha realizado ya en el mundo un bien muy considerable. No dudamos; por el contrario, tenemos la entera convicción, de que ese bien y esos felices resultados serán centuplicados desde el día en que el Apostolado del Sufrimiento, brotando también de las agonías del Sagrado Corazón de Jesús, y uniéndose con el lazo más estrecho al Apostolado de la Oración, le vivificará con su divina influencia, y no formará con él más que un *solo apostolado. Fiat, fiat*. Por sufrimientos, volvemos á decirlo por última vez, que entendemos aquí nuestras penas, nuestros trabajos, nuestras enfermedades, nuestras tribulaciones de todos géneros, nuestras pruebas interiores y exteriores, nuestros reveses, nuestras mortificaciones voluntarias..... sobre todo, *la ofrenda cotidiana de nuestra vida* por las almas, y, si Dios nos lo inspira, *la demanda de sufrir* con este objeto apostólico, como lo hicieron tantos generosos discípulos de Jesucristo, constituyéndose así en estado de víctimas dispuestas á padecerlo todo, hasta la misma muerte, para glorificar á Dios, asegurar el triunfo de la Iglesia, extender el reino de Jesucristo, y salvar almas.

CAPÍTULO XXXII.

EJERCICIOS Y FÓRMULAS DEL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO.

Réstanos exponerte, sin embargo, querido y piadoso lector, algunos medios prácticos de reducir á actos este *Apostolado*, del que acabamos de mostrarte su naturaleza, su excelencia, sus ventajas y sus condiciones. No pensamos, en efecto, que tú seas del número de los que leen y no practican; creeríamos inferirte una injuria. Por otra parte, ¿de qué te serviría haber leído las páginas todas de este libro, si no sacabas de ellas otro provecho que la satisfacción de una vana curiosidad?

Para responder al deseo de tu piedad y de tu celo, vamos á ofrecerte diversos *ejercicios* y diversas *fórmulas*, por medio de las cuales te será fácil, con la ayuda de Dios, reducir á la práctica el *Apostolado del Sufrimiento*.

En los ejercicios, ó si te parece mejor en la obra práctica del *Apostolado del Sufrimiento*, es necesario considerar tres cosas, á saber: la *materia*, la *manera* y el *objeto*; la materia, es decir, los sufrimientos que se ofrecen; la manera, es decir, la forma ó el modo de ofrecerlos, y el objeto, es decir, los diversos fines para los cuales se ofrece.

La *materia* de los ejercicios del *Apostolado del Sufrimiento* son nuestros trabajos, nuestras penas, nuestras mortificaciones voluntarias, nuestras humillaciones, nuestras tristezas, nuestras enfermedades, nuestras privaciones, nuestros dolores y tribulaciones de todo género, que llegan á nosotros por permisión de Dios, bien sea que los hayamos pedido, ó no; son, en fin, el sacrificio de nuestra vida.

La *manera* ó forma de estos ejercicios es el modo que adoptamos para ofrecer á Dios nuestros sufrimientos, es decir, por *simple ofrenda* sin voto, ó por ofrenda acompañada de voto, bien sea en *asociación* ó *individualmente*.

El *objeto* es la *intención general* ó *particular* que nos proponemos, esto es, lo que deseamos obtener por la ofrenda de nuestros sentimientos. Esta intención varía según los deseos de cada uno; mas para que se relacione con el *Apostolado del Sufrimiento*, es preciso que, de una ó de otra manera, tenga por objeto la salud ó la perfección de las almas. Ahora bien: el que sufre puede proponerse el bien espiritual de una ó de muchas almas; el de una familia ó de una comunidad; el de una parroquia, el de una diócesis, el de un reino, el de Francia, por ejemplo, que tiene de él tanta necesidad; en fin, el de la Iglesia entera y el de todas las naciones.

Sin embargo, aunque las intenciones de nuestro celo abracen á la Iglesia y al mundo entero, es útil y ordinariamente necesario para evitar vaguedades,

precisar algún objeto particular, sobre el cual pueda fijarse la intención con preferencia, siempre que agrade al Espíritu Santo. Este objeto puede, no solamente ser la conversión ó santificación de las almas, si no también tales ó cuales necesidades espirituales y particulares de los individuos, de las familias, de las comunidades, de las parroquias, de las diócesis, de las naciones, de la Iglesia, á las cuales importe proveer lo más pronto posible y de una manera eficaz. El cristiano celoso é inteligente descubre sin trabajo en las circunstancias calamitosas de los tiempos presentes un gran número de estas necesidades apremiantes, á las cuales es urgente acudir con los auxilios de la oración, del sufrimiento y de todos los demás medios que sugiere al corazón del cristiano el deseo ardiente de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Una de las intenciones que merece más tu solicitud, lector querido, es *la situación actual de la Iglesia y del Soberano Pontífice*, contra el cual dirige la impiedad, desde hace algunos años, sus ataques más encarnizados. Pide con instancia al Señor la *humillación* de los enemigos de la Iglesia y de la Santa Sede. Pídele, por consiguiente, la *extirpación de las sociedades secretas*, de la francmasonería (1) y otras *sociedades anticatólicas*, que, bajo diferentes nombres, se proponen todas por fin la ruina del catolicismo y la completa destrucción del reino de Jesucristo en la tierra. De todas las causas de escándalo, en los tiempos actuales, esta es la más terrible; y una multitud de almas, ya de las que viven en el mundo ó de las que se han hundido en el fondo de los infiernos, han sido sus tristes víctimas. Señalamos al celo de los apóstoles del sufrimiento esta grave llaga de los tiempos presentes. Si con sus oraciones y con sus sufrimientos contribuyen á cerrarla ó á impedir su acrecimien-

(1) El Soberano Pontífice Pío IX ha renovado contra esta asociación impía las condenaciones pronunciadas por sus predecesores. El Soberano Pontífice León XIII, que reina gloriosamente, acaba de condenarla y anatematizarla, á su vez, en su célebre Encíclica *Humanum genus*.

to, habrán contribuído, por este solo hecho, á la salvación de un gran número de almas que habrían hallado en estas sociedades su ruina eterna.

También señalamos al celo de los apóstoles del sufrimiento la *educación católica de las generaciones jóvenes*, que son la esperanza del porvenir....; la *santificación de los sacerdotes*, que son los conductores de los pueblos en el camino de la salvación eterna; la *santificación de los religiosos y religiosas*, que tienen una importante misión que llenar para la salvación de esos mismos pueblos. Señalamos también *las necesidades religiosas de Francia*, que puede contribuir eficazmente al triunfo de nuestra Santa Religión, cuando se muestre fiel á su misión de hija primogénita de la Iglesia. En fin, señalamos también los cien mil moribundos que suele haber cada día, con objeto de alcanzar para ellos, por nuestras expiaciones voluntarias, unidas á la de Jesucristo, la gracia decisiva de una buena y santa muerte.

Seguramente hay otras necesidades importantes, á las cuales no es menos urgente acudir; pero á ti te corresponde, lector querido, fijar tu elección y determinar tu intención, según el atractivo que la gracia te comunique. Hecho esto; no hay más que formular y presentar á Dios tu ofrenda, que es preciso unir á la que su divino Hijo le hizo de sus propios sufrimientos y de su vida, para hacerla agradable á sus ojos. Porque El es la *victima única y por excelencia*, y sólo por El pueden tener valor nuestros sacrificios delante de Dios. Y cuanto más cuidado tengamos en unir é identificar de alguna manera nuestra ofrenda con la de la Santa Víctima, más agradables seremos al Padre, y más seguros estaremos de alcanzar sus bendiciones. Penetrémonos, pues, de un gran espíritu de fe; y, antes de entrar en esta noble carrera del *Apostolado del Sufrimiento*, tomemos á nuestro Señor y Salvador Jesucristo por cabeza y modelo. El es de derecho lo uno y lo otro, y sería en vano que sufriéramos, si nuestros sufrimientos no obtenían su agrado, ni estaban marcados con el sello de su divina seme-

janza. Unámonos, pues, al sacrificio de Jesucristo: unámonos á las disposiciones y á los fines de ese sacrificio, y nuestra ofrenda será perfecta, en todas las condiciones deseadas, para alcanzar plenamente el objeto del *Apostolado del Sufrimiento*, que no es otro que la salud y la perfección de las almas, para la mayor gloria de Dios y de Jesús, su amadísimo Hijo.

Sabemos, pues, para llegar á la práctica, que á ejemplo de este divino Cordero, sacrificado por la salvación del mundo, el cristiano fervoroso que desee ser víctima con Jesús para la salvación de sus hermanos, puede, con cierta intención, hacer á Dios *cada día tres ofrecimientos* de gran precio á sus ojos. Primero, *el ofrecimiento de sus sufrimientos presentes*; segundo, *el ofrecimiento de sus sufrimientos futuros, unido á la demanda de una vida de sacrificios conforme á la de Jesucristo*; tercero, *el ofrecimiento de su vida*.

OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LOS SUFRIMIENTOS DEL DÍA PRESENTE.

Cada día nos trae, con una nueva porción de vida, una porción nueva de penas, de trabajos, de solicitudes, de tribulaciones, á las cuales se agregan frecuentemente las enfermedades, los reveses, los accidentes, las pruebas de todos géneros; de donde resultan para nosotros la fatiga, el enojo, la tristeza, el disgusto, el dolor, en una palabra, el *sufrimiento*. Ahora bien; esta parte de los *sufrimientos cotidianos* es la que te invitamos, lector querido, á utilizar para las necesidades *cotidianas* de las almas, haciendo *cada día ofrecimientos* á Dios por su salvación eterna. Nuestro Señor Jesucristo no falta un sólo día de su vida á hacer á su Padre el ofrecimiento de sus *sufrimientos cotidianos* por la salvación del género humano. Imitemos su ejemplo; unamos nuestro ofrecimiento cotidiano

al suyo de todos los días, y ganaremos almas con El y por El. En la vida de Santa María Magdalena de Pazzi leemos, que un día la dirigió nuestro Señor la recomendación siguiente: «Continuarás depositando sobre el altar de mi Corazón, en unión con los fieles, que son los miembros de mi Cuerpo místico, la oblación cotidiana de todos tus actos interiores y de todas tus acciones». De aquí se sigue, que esta oblación de cada día es muy agradable al buen Maestro, y que fué una de las prácticas asiduas de su fiel servidora. Adoptémosla nosotros, y á nuestra vez seremos, por este medio, muy agradables á Nuestro Señor.

OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LOS SUFRIMIENTOS FUTUROS.

Ofrecer á Dios los sufrimientos del *día presente* es un sacrificio agradable á Dios; y unir el ofrecimiento anticipado de todos los de los *días futuros*, es decir, de los de toda la vida, es un sacrificio que añade nuevo precio al primero. Este segundo ofrecimiento puede ser mirado de dos maneras: ó como simple ofrecimiento de todo lo que has de sufrir en el curso de tu vida, ó como *ofrecimiento y petición*, á la vez, de esos mismos sufrimientos y de todos los demás que plazca á Dios añadir. En todos los días de su vida mortal no cesó nuestro Señor Jesucristo de hacer esta ofrenda y esta demanda. *Ofreció de antemano* todas las penas y la cruz que debían sobrevenirle, *y pidió con instancia esas penas y toda una vida de dolores y de sacrificios*. No faltes á hacer cada día tu ofrecimiento en el primer sentido, es decir, acepta de antemano con resignación y amor todas las penas y todas las cruces que á Dios plazca enviarte durante el curso de tu vida; y hazlo en homenaje por la salvación de las almas. Este ofrecimiento, renovado así todos los días, será muy meritorio para ti y muy útil para el bien espiritual de tus hermanos en Jesucristo; pero si sien-

tes en ti la gracia y el valor, no te contentes con este primer ofrecimiento. Añade el segundo, es decir, *pide* á Dios, si es de su agrado, que te haga marchar con preferencia, tanto como te sea posible, por el *camino de la cruz*, es decir, por el *camino de las penas y de los sufrimientos*, en seguimiento de Jesús, que llevó su cruz, no solamente en el calvario, sino todos los días de su vida. Este ofrecimiento y esta petición son muy agradables á Dios. Corresponden al ofrecimiento generoso que nuestro Señor hizo de todo á su Padre, suplicándole con gran fervor que le aceptara *por víctima*, haciendo caer sobre Él solo los castigos que merecíamos por nuestros pecados. Con este ofrecimiento y con esta petición, no contraes ningún empeño nuevo: es una disposición muy perfecta del corazón que manifiestas á Dios, y una oración fervorosa que le diriges para que se digne concederte parte de la cruz de su amado Hijo, asociándote á su título y á su función de víctima. Ordinariamente, cuando esta oración es sincera y ha sido provocada en el alma por un movimiento del Espíritu Santo y no por el temerario entusiasmo de un fervor indiscreto, Dios la escucha, á causa de su ardiente deseo de salvar las almas y de ver la imagen querida de su Hijo crucificado reproducirse y perpetuarse en sus miembros vivos.

FÓRMULA DEL OFRECIMIENTO DE LOS SUFRIMIENTOS PRESENTES Y FUTUROS.

¡Oh Dios mío! yo os ofrezco mis penas, mis trabajos, mis sufrimientos de hoy y de toda mi vida, por la salvación de las almas y en particular por... (*aquí cada uno expresa sus intenciones particulares*). Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el Huerto de las Olivas y en la Cruz; y ofrecedme con Vos, en sacrificio al

Padre Celestial, como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sednos propicio; y suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre nosotros sus más abundantes bendiciones. Así sea.

FÓRMULA DEL OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LOS SUFRIMIENTOS PRESENTES Y FUTUROS, ACOMPAÑADA DE LA PETICIÓN DE SER VÍCTIMA CON JESUCRISTO.

¡Oh Dios mío! yo os ofrezco mis penas, mis trabajos, mis sufrimientos de hoy y de toda mi vida, por la salvación de las almas y, en particular, por... (*aquí cada uno expresa sus intenciones particulares*). Os pido muy humildemente, para los mismos fines, que os dignéis aceptarme como *víctima* con vuestro divino Hijo, y hacerme marchar con Él por el camino de los sufrimientos y de la cruz hasta mi muerte, si es de vuestro agrado. Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el Huerto de las Olivas y en la Cruz; y ofrecedme con Vos al Padre Celestial como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sednos propicio, y suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre nosotros sus más abundantes bendiciones. Así sea.

OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LA VIDA.

La vida es lo más precioso que tiene el hombre que ofrecer. Nuestro Señor lo ha dicho: «Ninguno testimonia más grande amor á sus amigos que el que da su vida por ellos». En efecto, Él no pudo dar á los suyos prenda más preciosa de amistad, y se dió todo entero por ellos. En cada uno de los instantes de su existencia mortal, nuestro Señor Jesucristo hizo á Dios, su Padre, *el ofrecimiento*

generoso de su vida, consintiendo y pidiendo con instancia, no solamente sufrir, sino también *morir* por la salvación del género humano. Y esto es lo que le constituyó en estado de perpetua víctima. Así, á su ejemplo, y por el mismo fin, ¿por qué no hemos de ofrecer nosotros á Dios nuestra vida? Este ofrecimiento es de grandísimo precio á sus ojos. Encierra un acto de amor perfecto, y va derecho al Corazón del Padre Celestial como una flecha ardiente: es una especie de cesión de nuestra vida en sus manos, para que disponga de ella á su gusto. Por este acto generoso de abandono consentimos morir jóvenes ó viejos, según sea de su agrado, por su gloria y por la salvación de las almas. En él no se encierra ninguna obligación propiamente dicha, y á menos de que se ligue por medio de voto, no representa ningún empeño particular.

FÓRMULA DEL OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LA VIDA.

¡Oh Dios mío! yo os ofrezco mis penas, mis trabajos, mis sufrimientos de hoy y de toda mi vida, por la salvación de las almas y, en particular, por... (*aquí cada uno expresa sus intenciones particulares*). Os ofrezco también, para los mismos fines, *el sacrificio de mi vida*, consintiendo en morir á la edad y de la manera que os agrade, en unión con vuestro divino Hijo moribundo en la Cruz. Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el Huerto de las Olivas y en el Calvario; y ofrecedme con Vos, en sacrificio, al Padre Celestial, como holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sednos propicio, y suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre nosotros sus más abundantes bendiciones. Así sea.

ORACIÓN.

El momento del día más favorable para hacer á Dios estos *ofrecimientos y peticiones cotidianas*, es aquel que sigue inmediatamente á la *Elevación* durante el santo sacrificio de la misa. Si no tienes la costumbre de asistir á Misa todos los días, cuida de unir tu intención á las que se celebren ó hayan de celebrarse en la iglesia más próxima, á fin de que tus ofrecimientos, unidos al *sacrificio Eucarístico* de la Santa Víctima, suban al trono de Dios como un agradable perfume. Si eres sacerdote, el momento más oportuno que puedes elegir es el que sigue al santísimo sacrificio que acabas de celebrar, es decir, al principio de la *acción de gracias*, momento precioso en que, teniendo todavía la dicha de poseer en tu pecho las *santas especies*, tu ofrecimiento se confundirá de alguna manera con el de Jesucristo en ti presente, y tendrá, por consecuencia, á los ojos del Padre, mayor valor. Esto no impide que inmediatamente después de la *Elevación*, en el momento en que haces la genuflexión, puedas en *espíritu* hacer tu ofrecimiento, á menos que prefieras ofrecerte con la Santa Víctima al mismo tiempo que ella se ofrece en tus manos, durante la doble elevación de su cuerpo y de su sangre adorables. Cuanto á los simples fieles, los invitamos también, por la misma razón, á aprovechar los *primeros momentos* de su *acción de gracias*, para hacer su ofrecimiento; lo que no impide que le hagan también, éstos como los otros, después de la elevación, para conservar la santa costumbre y tener doble mérito.

VOTO DE SACRIFICIO.

Hemos dicho al principio de este capítulo, que hay diversas maneras de ejercer el *Apostolado del Sufrimiento*, y que una de estas maneras es unir al ofrecimiento que hacemos á Dios de nuestros sufrimientos y de nuestra vida, por la salvación de las almas, la sanción de un *empeño* propiamente dicho, es decir, de un voto; y esto es lo que entendemos aquí *por voto de sacrificio*.

EXPLICACIÓN DE ESTE VOTO.

El voto de sacrificio es una promesa formal hecha á Dios de ofrecerle cada día los sufrimientos y la vida por la salvación de las almas.

I. No obliga bajo pena de *pecado mortal*, sino solamente bajo pena de *pecado venial*, de tal manera, que si se quebranta no se peca mortalmente.

II. El que hace este voto se obliga á hacer cada día una vez el ofrecimiento de sus sufrimientos y de su vida por la salvación de las almas. No se obliga á otra cosa. Así, la obligación contraída por este voto no afecta á la manera de padecer los sufrimientos, es decir, á las disposiciones más ó menos perfectas para soportarlos, sino únicamente al ofrecimiento que debe hacerse una vez cada día. Entendemos aquí por sufrimientos todo lo que produce al hombre, no solamente un dolor propiamente dicho, sea interior ó exterior, sino también una fatiga, una pena cualquiera del espíritu ó del cuerpo. Por consiguiente, la pena, inherente á nuestros trabajos de todos los días, entra en la larga significación que damos aquí á la palabra *sufrimiento*.

III. Se satisface á la obligación de la susodicha ofrenda cotidiana diciendo á Dios una vez cada

día: *Dios mío, yo os hago mi ofrecimiento*. Por esta palabra debe entenderse el *ofrecimiento de los sufrimientos presentes y futuros* y de la vida para la salvación de las almas. Así, las fórmulas más detalladas que proponemos después, no son de obligación; sin embargo, invitamos á los fieles que hayan hecho el *voto de sacrificio* á servirse de ellas ordinariamente.

IV. Puede hacerse este voto por un tiempo cualquiera, á saber: por una semana, un mes, un año ó por más. No aconsejamos á nadie, á menos de que sienta un atractivo particular de la gracia, hacerle por toda la vida sin haberle ensayado primero por un tiempo limitado. Por lo demás, exhortamos á las personas que sientan el deseo de pronunciar este voto, por cualquier tiempo que sea, á no tomar esta determinación si no después de haber orado, reflexionado y tomado consejo del guía espiritual de su conciencia.

V. En tiempo de enfermedad, sobre todo, de enfermedad mortal, si la ofrenda susodicha presenta al enfermo, y con mayor razón al moribundo, una ejecución difícil, y es objeto de una preocupación penosa para ellos, cesará toda obligación mientras dure su estado. Por lo demás, durante la enfermedad, y sobre todo, en la proximidad de la muerte, se satisface á la obligación de la *ofrenda cotidiana* con un *signo exterior* cualquiera de piedad hecho con esta intención; por ejemplo, besando un crucifijo ó una piadosa imagen, levantando los ojos al cielo, pronunciando el santo nombre de Jesús, haciendo la señal de la cruz.

VI. Si has omitido hacer tu *ofrecimiento* la víspera ó los días precedentes, no estás obligado, aunque la omisión hubiera sido voluntaria y culpable, á hacerla dos veces en el día ó días siguientes. La obligación de cada día termina en el mismo día.

VII. Siendo la salvación de las almas el fin general por el que se hace el voto de sacrificio, pueden añadirse uno ó muchos fines particulares que se relacionen con él, tales como *la salvación de Francia, la de tal familia, la santificación de tal*

comunidad religiosa, la conversión de tal alma, la perfección de tal otra, la libertad del Soberano Pontífice, la extirpación de las sociedades secretas, la educación católica de la juventud, la salvación eterna de los moribundos, etc. En este caso, el ofrecimiento que se hace cada día, en virtud del voto, debe abrazar, no solamente el fin general del voto, es decir, la salvación de las almas, sino también los fines particulares que se le añaden y que con él se relacionan.

Aunque el voto de sacrificio no impone más obligaciones que las enunciadas, su espíritu inducirá, así lo esperamos, á las personas que le han pronunciado á mostrarse más humildes, más pacientes, más celosas, más generosas en la aceptación y en el sufrimiento de las diversas cruces y pruebas que plazca enviarlas á nuestro Señor Jesucristo.

FÓRMULA DEL VOTO DE SACRIFICIO.

Dios todo poderoso y eterno, aunque yo sea muy indigno de comparecer delante de Vos, confiando, sin embargo, en vuestra bondad infinita, me obligo, por voto temporal ó perpetuo de sacrificio, á hacer una vez cada día á Vuestra Divina Majestad el ofrecimiento de mis sufrimientos y de mi vida por la salvación de las almas, y en particular por... (*aquí cada uno añade sus intenciones particulares, por ejemplo, por el triunfo de nuestra santa religión en Francia, etc.*) (1) Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unir-me á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el Huerto de las Olivas y en la Cruz; y ofrecedme con Vos en sacrificio al Padre celestial, como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo

(1) Si se ha de pronunciar en voz alta esta fórmula, ó se ha de expresar en voz baja, para no ser oídos, si no se quiere serlo, son intenciones particulares.—

de María, sedme propicio; y para que cumpla fielmente mis promesas, suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre mí sus más abundantes bendiciones.

OTRO VOTO DE SACRIFICIO MÁS PERFECTO.

Hay muchas maneras, más perfectas que la precedente, de empeñarse por el voto de sacrificio. Son más difíciles y más meritorias; y antes de contraer la obligación que imponen es preciso orar de nuevo, reflexionar y consultar con el guía de nuestra conciencia. Consisten en añadir al ofrecimiento de que acabamos de hablar, y bajo la misma sanción, es decir, bajo *pena de pecado venial*, una de las promesas siguientes:

Primera promesa.—*Soportar con paciencia y sin murmurar, los sufrimientos y la muerte por la salvación de las almas*, cuando plazca á Dios enviarnoslos. Así como por el voto precedente nos empeñamos en *ofrecer* cada día á Dios nuestros *sufrimientos* y *nuestra vida* por la salvación de las almas, por este voto, más perfecto, nos empeñamos para el mismo fin, no sólo á *ofrecer* nuestros sufrimientos y nuestra vida, sino también á *soportar con paciencia y sin murmurar, los susodichos sufrimientos y la muerte*. Es evidente que esta manera de hacer el voto de sacrificio es más perfecta que la primera, y que este voto, así entendido, puede llegar á ser en manos de un director hábil un medio eficacísimo para hacer avanzar rápidamente á ciertas almas en los caminos de la perfección, permitiéndolas, por ejemplo, hacer este voto primero por una semana, por un mes, luego por un año, y así sucesivamente; y en ciertos sujetos, de virtud muy probada y constante, por toda la vida.

Segunda promesa.—*Hacer cada día á Dios* no sólo el ofrecimiento cotidiano de los sufrimientos y de la vida, sino también *la petición de sufrir y*

morir por la salvación de las almas, si es de su agrado. Por esta promesa sólo nos obligamos á lo que dice la petición y no á otra cosa. Es una manera muy perfecta de ofrecerse como víctima con Jesucristo, que sufrió siempre y murió por nuestro amor.

Tercera promesa.—*Hacer cada semana, bien un ayuno, bien otra penitencia corporal, bien una limosna, ó bien, en una palabra, cualquier obra expiatoria por la salvación de las almas.* Esta promesa no obliga cuando, por una causa ó por otra, su ejecución se hace demasiado difícil, como por ejemplo, en un viaje, en una enfermedad; y por lo que respecta á la limosna, en caso de pobreza ó de sujeción, etc. Si se omiten en la semana las obras que nos imponemos por este voto, se peca *venialmente* si la omisión ha sido voluntaria y sin razón legítima; pero no estamos obligados á hacer esa obra dos veces, ó sea, en la semana después, ni en los siguientes. La obligación de la semana termina con la semana: es decir, el sábado en la noche.

FÓRMULA DEL VOTO DE SACRIFICIO MÁS PERFECTO.

Dios todopoderoso y eterno, aunque soy muy indigno de comparecer delante de Vos, confiando, sin embargo, en vuestra infinita bondad, me empeño por el voto temporal (ó perpetuo) de sacrificio, para *hacer cada día una vez á vuestra divina Majestad el ofrecimiento de mi sufrimiento y de mi vida por la salvación de las almas, y en particular, por...* (aquí cada uno añade sus intenciones particulares). Además, me empeño por el mismo voto y para los mismos fines, *á soportar con paciencia y*

NOTA. Repetimos por última vez, que ninguna de las promesas, ni nada de lo que se expresa en los votos de sacrificio que proponemos, obligan *bajo pena de pecado mortal*. La obligación que se contrae haciendo estos votos, es únicamente *bajo pena de pecado venial*.

sin murmurar los sufrimientos y la muerte, ó bien, á pedir á Dios cada día que me acepte como víctima y me conduzca por el camino de la cruz y de los sufrimientos, en seguimiento de su divino Hijo, ó bien á practicar cada semana un ayuno, ó alguna otra obra de penitencia... Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unir-me á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el huerto de las Olivas y en la cruz, y ofreced-me con vos en sacrificio al Padre celestial, como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sedme propicio; y á fin de que cumpla fielmente mis promesas, suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre mí sus más abundantes bendiciones. Así sea.

SOCIEDAD DE VÍCTIMAS VOLUNTARIAS PARA LAS NECESIDADES ACTUALES DE LA IGLESIA Y LAS NACIONES, SOBRE TODO, DE LAS NACIONES CATÓLICAS DE EUROPA, EN HONOR DEL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS Y DEL CORAZÓN COMPASIVO DE MARÍA.

Como lo indica su título, la *Sociedad de víctimas voluntarias...* que proponemos, es una *reunión de personas piadosas, fervientes, consagradas á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, que se conciertan y se unen para mancomunar sus trabajos, sus penas, sus sufrimientos y el sacrificio de su vida*, en un pensamiento, y para un objeto apostólico, es decir, para obtener para la Iglesia y para las naciones, sobre todo, las naciones católicas de Europa, grandísima abundancia de auxilios espirituales en los malos tiempos en que vivimos. Pero, á fin de que se comprenda mejor nuestro pensamiento, explicaremos cada una de las palabras del título que precede:

I. *Sociedad*: no decimos *cofradía*, porque nuestra intención no es, en efecto, proponer una *cofradía* ni una *asociación nueva*, sino que, bien sea